



Negando la evidencia

Campomanes

Con aumentos de precios que se acercan a tasas anuales del treinta por ciento y llevan camino de superarlas, con un déficit de la balanza corriente que rondará este año los cinco mil millones de dólares, con un paro en aumento continuo y con una producción estancada, nadie pone en duda que la economía española está pasando por momentos difíciles. Pero, en cambio, las conclusiones que de ahí se sacan varían mucho. Para unos la amenaza que el estado de la economía representa para nuestro futuro político y económico es muy grave y son, por tanto, partidarios de que se lleve a cabo un cambio profundo de la política económica que permita un saneamiento financiero en el plazo de un par de años, periodo mínimo que hace falta para absorber la inflación, dada la intensidad que ha tomado. Para otros, en cambio, la situación no es tan grave como pretenden ciertos alarmistas, demasiado propensos a jugar al catastrofismo, con miras no del todo desinteresadas. Los datos más recientes muestran una cierta mejora de la producción y si no fuera por la balanza de pagos la economía española podría recuperarse, con la consiguiente reducción del paro. La preocupación fundamental debe ser, por tanto, el obtener una financiación exterior suficiente para tapar uno o dos años el déficit de la balanza de pagos. Ello daría un respiro al próximo Gobierno para concentrarse en la elaboración de la Constitución, sin incurrir en el desgaste político de una operación de saneamiento.

Esta política es inviable en la práctica y sólo puede ser defendida por gentes muy ignorantes en economía. Es inviable, porque la situación de nuestra balanza de pagos no hace sino empeorar, si es que se consolida la recuperación, por pequeña que ésta sea. Pretender que la Banca americana nos resuelva el problema es desconocer el mundo en que vivimos. Quizá nos siga dando algún dinero por cierto tiempo, pero en cuanto pretendamos pedir lo que necesitamos nos encontraremos negociando con el Fondo Monetario, que ya sabemos lo que nos va a decir: cambien ustedes su política monetaria porque, mientras no lo hagan, su balanza de pagos seguirá empeorando. Esto es exactamente lo que le ha ocurrido a Italia y lo que sin duda nos ocurrirá a nosotros también.

En realidad, las alternativas reales que tendrá el próximo Gobierno son emprender un programa de saneamiento o tomar medidas estabilizadoras parciales, que no sólo no solucionarían nada a la larga, sino que aumentarían el coste social del reajuste por el que tarde o temprano tendrá que pasar la economía española. Una de las consecuencias más graves de esta opción sería el aumento del paro, que inevitablemente seguirá creciendo mientras las expectativas inflacionistas y la crisis de la inversión continúen.

Si las cosas están claras, ¿por qué hay gentes que siguen hablando de los préstamos exteriores como del agua milagrosa? Por

una razón muy sencilla. Porque en 1977, para llevar a cabo un programa de saneamiento económico como el que exigen las circunstancias es imprescindible contar con la colaboración de la izquierda, que evidentemente exigirá para ello que el programa no sea un artificio para hacer pagar a la clase obrera el precio de recuperar el equilibrio. Una parte esencial del paquete de medidas tendría que ser una reforma fiscal que hiciera que, por primera vez en la historia española, las clases adineradas pagaren los impuestos que legalmente les corresponde, según la propia legislación del franquismo. Pero la cosa no terminaría ahí, sino que las fuerzas de izquierda pedirían, sin duda, que su opinión se tuviera en cuenta a la hora de fijar las grandes opciones de la política económica. Algunos quizá se escandalicen de esta pretensión desmedida de los partidos de izquierda, olvidando que vivimos en un país donde no hay medida importante que se tome sin hablar con la gran banca o sin tener al menos muy presente su opinión. ¿Es que don José María Aguirre es más importante políticamente en el país que Felipe González?

El cambio que todo esto significaría en la forma de dirigir los asuntos económicos y las consecuencias que tendría para grupos de intereses muy poderosos explican los esfuerzos de ciertas gentes para negar la evidencia y el intento de hacer aparecer de catastrofistas a aquéllos que se limitan a señalar lo que salta a los ojos.